

y tus favores de mujer ese premio, ¿quién eres tú, desventurada hasta el extremo, y qué puedes tú dar? No me seduce la ambición de una vana gloria. Sólo al lado de ella ofrece encantos la vida... ¡A su derredor, formando alegre coro, vuelan las gracias divinas, y la felicidad que da la juventud! La dicha del cielo reside en su seno, y tú no puedes conceder sino placeres helados. La gala más preciada de la existencia, la de los corazones, que, seductores y seducidos, se abandonan unos á otros en olvido tierno, la verdadera diadema de la mujer, nunca la poseiste, porque tu amor no ha hecho bienaventurado á ningún hombre.—He de aguardar á ese lord para entregarle una carta. ¡Odiosa comisión! No siento en mí cualidad alguna para cortesano. Yo mismo puedo salvarla, yo solo; que el peligro, la gloria y el premio sean para mí solo. (Al salir se encuentra á Paulet.)

## ESCENA VII.

MORTIMER Y PAULET.

PAULET.—¿Qué te decía la Reina?

MORTIMER.—¡Nada, señor...! Nada... importante.

PAULET. (Mirándolo severo.)—¡Oye, Mortimer! La tierra, que huellas es resbaladiza y engañosa. Atrae el favor de los Reyes, y la juventud es ambiciosa... ¡Que no te extravíe!

MORTIMER.—¿No habéis sido vos mismo quien me ha llamado á la corte?

PAULET.—Quisiera no haberlo hecho. Nuestra familia no ha ganado sus honores en la corte. ¡Firme, pues, sobrino mío! No compres demasiado caro. No desoigas la voz de la conciencia.

MORTIMER.—¿Qué pensáis? ¿Qué os inquieta?

PAULET.—Por estimadas que sean las grandezas que la Reina te prometa... no te fíes de sus palabras lisonjeras. Cuando la hayas obedecido renegará de tí; querrá mantener su nombre immaculado, y vengará el crimen que ella misma te ha ordenado.

MORTIMER.—¿El crimen decís?

PAULET.—¡Lejos de mí el disimulo! Sé lo que te ha indicado la Reina. Espera que tu juventud ambiciosa será más complaciente que mi ancianidad inflexible. ¿Se lo has prometido? ¿Has tú...?

MORTIMER.—¡Tío!

PAULET.—Si lo has hecho, te maldigo y reniego de ti...

LEICESTER. (Que sobreviene.)—Permitidme, respetable señor, que hable una palabra con vuestro sobrino. La Reina siente en su favor grande inclinación, y desea que se le deje, sin condiciones, la custodia de María Estuardo... Fíase de su honradez...

PAULET.—¿Que se fía?... ¡Bien!

LEICESTER.—¿Qué decís, caballero?

PAULET.—Que la Reina se fía de él, y que yo, milord, me fío de mí, y veo bien con mis ojos abiertos. (Vase.)

## ESCENA VIII.

LEICESTER Y MORTIMER.

LEICESTER. (Admirado.)—¿Qué piensa ese caballero?

MORTIMER.—No lo sé... La confianza inesperada que la Reina me dispensa...

LEICESTER. (Mirándolo con intención.)—¿Merecéis, caballero, que se tenga confianza en vos?

MORTIMER. (Lo mismo.)—Eso mismo os digo, milord Leicester.

LEICESTER.—¿Tenéis algo secreto que decirme?

MORTIMER.—Probadme antes que puedo hacerlo.

LEICESTER.—¿Quién me garantizará en cuanto á vos..? Que no os ofendan mis sospechas. Noto que en esta corte os mostráis bajo doble aspecto... Uno es necesariamente falso; pero ¿cuál es el verdadero?

MORTIMER.—Así me aparecéis á mí, Conde de Leicester.

LEICESTER.—¿Quién es el primero que ha de mostrar confianza en el otro?

MORTIMER.—El que arriesgue menos.

LEICESTER.—Entonces sois vos.

MORTIMER.—¡Vos! Vuestro testimonio, el de un lord poderoso é influyente, puede perderme, y el mío sería impotente contra vuestro favor y vuestro rango.

LEICESTER.—¡Os equivocáis, señor! En otra cualquiera cosa soy yo aquí influyente; sólo en ésta, tierna por su índole, que he de confiar á vuestra buena fe, soy en la corte el de menos valer, y puede perderme el testimonio más despreciable.

MORTIMER.—Ya que el todopoderoso lord Leicester se rebaja ante mí hasta hacerme tal confesión, yo debo elevarme tanto más, y darle un ejemplo de magnanimidad.

LEICESTER.—Dadme una prueba de confianza, y os seguiré en ese camino.

MORTIMER. (Dándole la carta.)—Viene de la Reina de Escocia.

LEICESTER. (Asustado, se apodera de ella precipitadamente.)—Hablad en voz baja, caballero... ¿qué veo? ¡Ah! ¡Es su retrato! (Lo besa, y la contempla extasiado.)

MORTIMER. (Que lo ha observado atentamente.)—Milord, ahora me fio de vos.

LEICESTER. (Después de leer rápidamente la carta.)—Sir Mortimer, ¿sabéis lo que dice la carta?

MORTIMER.—Nada sé.

LEICESTER.—¿Cómo? Sin duda os ha confiado...

MORTIMER.—Nada me ha confiado. Díjome que vos me descifraríais este enigma. Porque lo es para mí que el Conde de Leicester, favorito de Isabel, enemigo declarado de María, y uno de sus jueces, haya de ser el hombre que la salve en su desdicha... Y, sin embargo, ha de ser así, porque vuestros ojos dicen claramente cuáles son vuestros sentimientos respecto de ella.

LEICESTER.—Decidme vos antes cómo se explica que mostréis tanto interés por su suerte, y que hayáis obtenido su confianza.

MORTIMER.—Milord, puedo explicároslo en pocas palabras. He abjurado en Roma mi religión, y estoy de acuerdo con los Guisas. Una carta del Arzobispo de Reims me ha acreditado cerca de la Reina de Escocia.

LEICESTER.—Sé que habéis variado de religión, y tal es la circunstancia que os ha granjeado mi afecto. Dadme la mano, y perdonad mis sospechas. Toda mi reserva es poca, porque Walsingham y Burleigh me odian, y sé además que me acechan para tenderme lazos. Podríais ser hechura é instrumento suyo para atraerme á sus redes...

MORTIMER.—¿Cómo un señor tan poderoso ha de dar pasos tan pequeños en esta corte? Os tengo lástima, Conde.

LEICESTER.—Gozoso me abandono, pues, en brazos de un amigo fiel, en los cuales me veo libre de una larga tiranía que me atormenta. Os admiráis, caballero, de que mi corazón haya cambiado tan pronto respecto á María. A la verdad, no la odié nunca... Las circunstancias de la época me han hecho su adversario. Muchos años hace, como sabéis, que me estaba prometida, antes que diera su mano á Darnley, cuando la rodeaba todavía el esplendor de su grandeza. Yo rechacé entonces con frialdad este honor; y ahora

que está prisionera, y á las puertas de la muerte, quisiera poseerla con peligro de mi vida.

MORTIMER.—Esto se llama obrar magnánimamente.

LEICESTER.—Las cosas han mudado mucho desde entonces, caballero. Mi ambición me hacía insensible á la juventud y á la belleza. Mi matrimonio con María me parecía harto insignificante, y me lisonjeaba alcanzar la mano de la Reina de Inglaterra.

MORTIMER.—Sábase que os prefería á todos los demás hombres...

LEICESTER.—Así parecía, Mortimer... y ahora, después de diez años de hacerle la corte sin descanso, y de vencerme con gran repugnancia... ¡Oh, caballero! Mi corazón se desgarró, y es preciso que sacuda tan penoso disgusto... Me creen feliz... ¡Si se supiese cuán pesadas son las cadenas que me envidian...! Después de haber sacrificado diez años largos y amargos á los ídolos de su vanidad; después de haber sufrido, como un esclavo, sus inconstantes caprichos de sultana; después de ser el juguete de sus extravagancias infinitas y pequeñas, ya acariciándome su ternura, ya rechazándome su orgullo y su castidad fingida, atormentándome por igual con sus favores y con su rigidez, guardándome, como á un cautivo, los ojos de Argos de sus celos, interrogado por mis acciones como un niño é injuriado como un lacayo... ¡Oh! Las palabras no bastan para expresar estos tormentos infernales.

MORTIMER.—Os compadezco, Conde.

LEICESTER.—Y al llegar al término de la jornada, se me escapa el premio merecido, porque sobreviene otro, que me roba el fruto de mi constante trabajo. Un esposo joven y poderoso me hace perder los derechos, á tanta costa adquiridos. Véome obligado á descender del teatro, en donde representé por tanto tiempo el primer papel. El advenedizo amenaza arrebatarme, no sólo su mano, sino

también su favor. Es ella mujer, y una mujer amable

MORTIMER.—Es hija de Catalina, y ha aprendido en buena escuela el arte de la lisonja.

LEICESTER.—Se han desvanecido, pues, todas mis esperanzas... En este naufragio de mi dicha busco una tabla para salvarme... y mis ojos se vuelven hacia mis proyectos primitivos más seductores. La imagen de María, en todo el brillo de sus encantos, se me presentó de nuevo, y su juventud y su hermosura recuperaron todos sus derechos, entusiasmándome, no infundiéndome fría ambición, y haciéndome sentir el valor de la joya que había perdido. La contemplo sumida en los profundos abismos de la desdicha, y sólo por mi culpa. Esto me ha hecho concebir la esperanza de salvarla y de poseerla. Logré descubrirle, por mediación de una mano fiel, el cambio sufrido en mis sentimientos, y esta carta que me traéis me dice que me perdona, y que será mía, si la salvo.

MORTIMER.—Pero nada habéis hecho por libertarla. Habéis consentido que sea condenada, y habéis votado su muerte. Sólo un milagro... la luz de la verdad ha debido iluminarme á mí, el sobrino de su carcelero, para que el cielo le deparase, en Roma y en el Vaticano, un salvador inesperado, porque de otra manera no hubiera encontrado medio de comunicarse con vos.

LEICESTER.—¡Ah, Sr. Mortimer! ¡Bastantes han sido mis tormentos! Hacia ese tiempo fué trastadada del castillo de Talbot al de Fotheringhay, y confiada á la severa vigilancia de vuestro tío. Sin posibilidad de llegar hasta ella, me ví obligado ante el mundo á perseguirla; pero no creáis que yo la hubiese dejado llegar afligida hasta el suplicio. No; esperaba y espero aún impedir este extremo, hasta que encuentre un medio de librarla.

MORTIMER.—Existe ya ese medio... Vuestra noble confianza, Leicester, merece que yo corresponda á ella. Me

propongo salvarla; con este objeto estoy aquí; los preparativos están ya hechos, y vuestra poderosa ayuda nos asegura un feliz éxito.

LEICESTER.—¿Qué decís? Me asustáis. ¿Cómo? Queréis...

MORTIMER.—Abrir á la fuerza las puertas de su prisión. Tengo cómplices, y todo está pronto.

LEICESTER.—¿Tenéis cómplices y confidentes? ¡Ay de mí! ¿A qué planes temerarios me arrastráis? ¿Y saben ellos también mi secreto?

MORTIMER.—Nada temáis. Se trazó el proyecto sin vuestra asistencia, y se ejecutará lo mismo, por si no quisiera ella deberos su libertad.

LEICESTER.—¿Podéis, pues, asegurarme que mi nombre no se ha pronunciado en vuestra conjuración?

MORTIMER.—¿Estad tranquilo. ¿Cómo? ¿Tanto, oh Conde, os asusta una nueva que os favorece? Queréis librar á María y poseerla, y de repente, cuando menos lo esperabais, caen como llovidos del cielo los medios más eficaces de lograrlo... ¿y mostráis más temor que alegría?

LEICESTER.—Pero no empleando la violencia. La empresa es harto arriesgada.

MORTIMER.—La dilación lo es también.

LEICESTER.—Os afirmo, caballero, que no se debe tentar ese camino.

MORTIMER. (Con amargura).—¡No! ¡no por vos, que deseáis poseerla! Nosotros sólo nos proponemos salvarla, y no somos tan escrupulosos...

LEICESTER.—Os precipitáis demasiado, oh joven, en tan espinosa y temeraria senda.

MORTIMER.—Vos sois harto prudente en este negocio de honra.

LEICESTER.—Yo veo las redes que por todas partes nos rodean.

MORTIMER.—Tengo valor para romperlas todas.

LEICESTER.—¡Locura, insensatez es ese valor!

MORTIMER.—No es valor tanta cordura.

LEICESTER.—¿Deseáis morir como Babington?

MORTIMER.—No queréis imitar la grandeza de alma de Norfolk.

LEICESTER.—Norfolk no llevó á María, como esposa, á su hogar.

MORTIMER.—Probó que era digna de llevarla.

LEICESTER.—Por perdnos nosotros no la salvaremos.

MORTIMER.—Ni tampoco guardándonos del peligro.

LEICESTER.—Ni reflexionáis ni escucháis; la ciega impetuosidad acabará con todo, por bien pensado que estuviera.

MORTIMER.—¿Habéis sido vos, acaso, el que ha puesto este asunto en buen camino?... ¿Cómo? Si yo fuera bastante criminal para asesinarla, como la Reina me lo ha ordenado, como ahora mismo espera que yo he de obedecerla... ¿qué habéis hecho para proteger su vida?

LEICESTER. (Admirado).—¿Os dió la Reina tan sangrienta comisión?

MORTIMER.—Se equivocó conmigo, como María con vos.

LEICESTER.—¿Y lo habéis prometido? ¿Habéis...

MORTIMER.—Para que no pagara otras manos con el mismo fin, ofrecí yo las mías.

LEICESTER.—Hicisteis bien. Esto nos da tiempo. Ella espera vuestro punible servicio, su sentencia de muerte no se ejecuta, y ganamos mucho.

MORTIMER. (Impaciente).—¡No! ¡perdemos la ocasión favorable!

LEICESTER.—Ya que cuenta con vos, pondrá mayor empeño en aparecer clemente ante los ojos del mundo. Quizás logre yo de ella, con maña, que vea á su rival, y que este paso la contenga. Burleigh tiene razón. La sentencia no se cumplirá, si ella la ve... Si; lo intentaré, y haré todo lo posible...

MORTIMER.—¿Y qué conseguiréis con eso? Si Isabel comprende que se ha engañado respecto á mí, si María continúa viviendo, ¿no vuelve á estar todo como antes? Nunca se verá libre. Lo menos que le puede suceder, es que sea condenada á prisión perpetua. Si al fin habrá que apelar á una resolución osada, ¿por qué no comenzar por ella? El poder está en vuestras manos; podéis reunir un ejército sólo con armar á la nobleza de vuestros numerosos castillos. María tiene muchos partidarios secretos. Las casas ilustres de los Howard y de los Percy, aunque hayan sucumbido sus cabezas, cuentan aún con numerosos héroes, y aguardan que un lord poderoso les dé el ejemplo. ¡Dejemos ya el disimulo! ¡Obremos abiertamente! ¡Defended, como caballero, á vuestra amada, y pelead noblemente por ella! Sois cuando queréis árbitro de la Reina de Inglaterra. Atraedla á vuestros dominios, á donde os ha seguido con frecuencia. Allí mostraos hombre. Hablad como soberano. Guardadla hasta que dé la libertad á María.

LEICESTER.—Me sorprendo y me asusto... ¿A dónde os lleva el delirio? ¿Conocéis cuál es la tierra que holláis? ¿Sabéis lo que pasa en la corte? ¿con qué lazos estrechos el mando de esta mujer ha encadenado los ánimos? Buscad en vano el ardor heroico, que antes bullía en este país... Todo se halla sometido á ella, y sin vida los arranques generosos. Seguid bajo mi dirección. No seais temerario... Alguien viene. ¡Idos!

MORTIMER.—María espera. ¿Vuelvo á llevarla vanos consuelos?

LEICESTER.—Llevalde el juramento de mi eterno amor.

MORTIMER.—¡Llevaldo vos mismo! Ofrecí ser instrumento de su salvación, no su mensajero amoroso. (Vase.)

## ESCENA IX.

ISABEL Y LEICESTER.

ISABEL.—¿Quién estaba en vuestra compañía? Oía hablar.

LEICESTER. (Que se vuelve rápidamente algo turbado al oír á la Reina.) Era sir Montimer.

ISABEL.—¿Qué tenéis, milord? ¡Tan confuso!

LEICESTER. (Reponiéndose.)— Al veros... Jamás me habéis parecido tan seductora. Vuestra belleza me deslumbra... ¡Ay de mí!

ISABEL.— ¿Porqué suspiráis?

LEICESTER.— ¿No tengo razón para suspirar? Cuando contemplo vuestros encantos, se renueva en mí el dolor inexplicable de la pérdida que me amenaza.

ISABEL.—¿Qué perdéis?

LEICESTER.— Vuestro corazón, á vos, tan digna de ser amada. Pronto seréis feliz en brazos de un joven y enamorado esposo, y poseerá exclusivamente vuestro cariño. Es de sangre real; yo no. Sin embargo, desaffo al mundo entero que haya otro hombre, en toda la redondez de la tierra, que os adore más que yo. El Duque de Anjou no os ha visto jamás; ama sólo vuestra gloria y vuestro renombre; yo amo á vos sola. Aunque fueseis la más pobre pastora, y yo el príncipe más poderoso del orbe, descendería gustoso, desde mi altura, para deponer una diadema á vuestros pies.

ISABEL.—¡Compadecedme, Dudley, no reconvenidme!... ¡No me atrevo á consultar mis deseos! ¡Ay de mí! Otra fuera su elección. ¡Cuánto envidia yo á otras mujeres, que pueden realzar á quienes aman! No soy tan afortunada,

que me sea lícito colocar una corona en las sienes del hombre, que prefiero á todos... A María Estuardo ha sido sólo dado entregar su mano con arreglo á su inclinación; ha hecho cuanto ha querido, ha apurado la copa, llena de todos los placeres.

LEICESTER.—Y ahora la más amarga del dolor.

ISABEL.—Se ha cuidado poco de la opinión pública. Ligerera era la vida para ella, sin sufrir nunca el yugo, á que yo me sometí. Yo hubiera podido también consagrarme á gozar de la vida, á disfrutar de alegrías mundanas; pero he preferido cumplir los severos deberes de Reina. Sin embargo, ella se ha granjeado la simpatía de todos los hombres, porque se propuso sólo ser mujer, y jóvenes y ancianos la aman. ¡Tan ávidos son todos de goces! Corren tras el placer frívolo, tras la alegría vulgar, y no estiman lo que más debieran respetar. ¿No se ha rejuvenecido ese mismo Talbot al hablar de sus encantos?

LEICESTER.—¡Perdonadlo! Fué un tiempo su guardián, y, con sus artificios astutos, lo sedujo.

ISABEL.—¿Pero tan grande es su belleza? Tantas veces he oído ponderar sus encantos, que quisiera saber á qué atenerme. Los cuadros mienten, los retratos engañan, y sólo me fiaría de mis propios ojos. ¿Por qué me miráis de un modo tan extraño?

LEICESTER.— Porque en mi imaginación os comparo con María. Quisiera tener la dicha, no lo oculto, si esto pudiera hacerse en secreto, de veros con María. Entonces, por vez primera, gozaríais plenamente de vuestro triunfo. Me recrearía su humillación, cuando, con sus mismos ojos... porque la envidia los tiene perspicaces... se convenciera de cuán superior sois á ella por la nobleza de vuestros rasgos, y cuán inferior ella á vos en todas las demás prendas.

ISABEL.—Ella es más joven.

LEICESTER.—¿Más joven? No lo parece. ¡Acaso sus sufrimientos!... Ha podido envejecer también prematuramente. Y lo que haría más amarga su pena, sería el veros ya desposada. No le sonrien las esperanzas más dulces de la tierra, y, al contrario, la felicidad viene á vuestro encuentro. ¿Y cuando sepa que estáis prometida al hijo del Rey de Francia, en la cual tanto confié siempre, enorgulleciéndose con su alianza, y aun contando ahora con su ayuda?

ISABEL. (Oponiéndose débilmente).—Me atormentan para que la vea.

LEICESTER. (Con animación).—Ella os lo pide como una gracia; concedédselo como un castigo. Menos la afligiría verse llevada al cadalso, que eclipsada por vuestros encantos. Así le dais el golpe mortal, que ella os preparaba... Al contemplar vuestra belleza, protegida por el honor, realizada por la gloria, y por la fama de una virtud sin mancha, á la cual desdeñó frívolamente, aun más preclara con el brillo de una corona, y ahora próxima al himeneo... sonará para ella su última hora. Sí... cuando os miro en este momento... comprendo que nunca, como en la ocasión presente, contáis con más motivos para obtener el triunfo de la belleza... Me habéis deslumbrado al entrar aquí, como si fuerais una aparición sobrenatural... ¿Cómo? Si ahora, si ahora mismo, como estáis, os presentáis á ella... jamás encontraréis instante más propicio...

ISABEL.—¡Ahora... no... no... ahora no, Leicester!... ¡No!... Hay que reflexionarlo bien antes... con Burleigh.

LEICESTER. (Interrumpiéndola vivamente).—¿Burleigh? Sólo piensa en el bien del Estado. Pero vuestro sexo tiene también sus derechos, que son de vuestra competencia exclusiva, y nada tienen que ver con el gobierno. Hasta la misma política ¿no exige que os conciliéis el favor público con un acto de generosidad? Después podréis deshaceros de esa odiosa enemiga de cualquier modo.

ISABEL.—No me conviene visitarla en la humillación y la miseria, estando unida á mí por los lazos de la sangre. Dícese que nada regio la rodea, y, presenciarlo yo, es exponerme á una reconvencción.

LEICESTER.—No es necesario que os acerquéis á su prisión. Escuchad mi consejo. La casualidad nos sirve á maravilla. Hoy se celebra una gran cacería, con cuyo pretexto llegaréis á Fotheringhay. María Estuardo puede encontrarse en el parque, en donde penetráis como al azar. Que nada de esto parezca preparado de antemano, y si no os agrada, no le habláis...

ISABEL.—Si cometo una locura, vuestra es, no mía, Leicester. No quiero hoy oponerme á ninguno de vuestros deseos, porque, entre todos mis súbditos, habéis sido hoy el más atormentado por mí. (Mirándolo tiernamente.) ¡Aunque sea un capricho vuestro! Así pruebo mi bondad, aprobando libremente en apariencia, lo que en realidad no apruebo. (Leicester se arroja á sus pies, y cae el telón.)

### ACTO III.

La escena representa un parque, con árboles en primer término, y detrás lejana perspectiva.

#### ESCENA PRIMERA.

MARÍA se presenta entre los árboles, andando á paso rápido  
ANA KENNEDY la sigue lentamente.

ANA.—Corréis, ó más bien voláis, y no os puedo seguir.  
¡Esperad!

MARÍA.—Déjame disfrutar de mi nueva libertad; déjame volverme niña, y, sólo tú también, y, sobre el verde tapiz del prado, probar mis pasos ligeros, como si tuviese alas. ¿He abandonado al fin mi oscura prisión? ¿No me guarda ya esa lúgubre tumba? Deja que respire, en mi sed ardiente de libertad, con todo mi pecho, el aire libre, el aire del cielo.

ANA.—¡Oh, mi querida señoral! Vuestra cárcel se ha ensanchado sólo algún tanto; y si no veis las murallas que nos encierran, consiste en que el follaje de los árboles las ocultan.

MARÍA.—¡Gracias, gracias sean dadas á estos verdes y